

A las almas que nunca abandonaron la universidad.

Laura Díaz López

A Jaime y todos aquellos que aún lo sienten.

Once de julio de 2016. Era un bonito día de verano, todo transcurría con normalidad, nadie esperaba que esa noche todo cambiaría y la vida de muchas personas se truncaría en un solo instante. Diez y media de la noche, comienza la tragedia, nuestro compañero de la universidad, Gabriel, coge la moto con otro amigo, vuelven al barrio, como de costumbre, pasando por el Puente del Arenal y, de repente, ¡paf! Sucede lo nunca esperado, un coche colapsa con la moto de Gabriel en una rotonda, él sale disparado junto a la moto, su amigo saltó segundos antes, todo es confuso, se escuchan gritos de las personas que presenciaron el impacto, algunos corren a ayudar a su amigo mientras otros van a por él, que yace tumbado en el asfalto, ensangrentado y sin esperanza, junto a dos personas, exhala su último aliento, es demasiado tarde, la ambulancia no puede hacer nada. Multitud de curiosos llegan al lugar, no paran de hacer preguntas ¿Qué ha pasado? ¿Quién era? ¿Ha muerto?, algunos intentan responder inventando teorías sobre el accidente y otros, los peores, se dedican a fotografiar el lugar del mismo, mientras el cuerpo de Gabriel sigue tendido en el asfalto cubierto con una manta.

Minutos después del impacto, comienza la ola de mensajes confundidos y desesperados por hallar la verdad. Mi móvil suena sin parar y yo haciendo caso omiso, pues siempre suele sonar, pero entonces, llega la llamada más amarga y que jamás esperaría, es mi mejor amiga, Elena, está llorando y yo desconcertada, no comprendo nada, hasta que ella consigue articular palabras y con un hilo quebrado de voz dice “Gabriel... Gabriel ha muerto”. Un instante después de escuchar esa frase, quedo muda, no soy capaz de comprender lo que me acababa de decir, suelto el móvil y comienzan a brotar de mí un sinfín de lágrimas mientras intento asimilar lo ocurrido, me vienen a la cabeza miles de recuerdos junto a Gabriel y, por un momento, siento que todo es una pesadilla de la cual estoy a punto de despertar, cojo el móvil y me dispongo a llamarlo para confirmar que todo era una broma de mal gusto, pero ni siquiera da llamada y, repentinamente, mi padre irrumpe en la habitación, con el rostro desencajado, me abraza y finalmente me confirma la trágica noticia.

A la mañana siguiente de ese fatídico día, todas las redes sociales estaban inundadas con imágenes de Gabriel y mensajes de condolencias, incluso el chat de nuestra promoción universitaria, el cual estaba abandonado desde comienzos de verano, se encontraba colapsado de mensajes tristes y melancólicos que resumían el gran vacío que había dejado esta pérdida en nuestros corazones. Esa misma tarde, a las cinco, se celebraba el acto al que nadie deseaba ir, el entierro, pero al cual todos asistimos. Tuvo lugar en el cementerio de la Fuensanta, y yo, como de costumbre, me retrasé en llegar un par de minutos, en realidad tenía miedo, seguía sin aceptarlo y tampoco estaba dispuesta a hacerlo, pero la sensación más impactante fue al llegar al cementerio donde una multitud de personas se encontraban en la puerta del mismo, allí estaban reunidos familiares, amigos e incluso gran parte de la Facultad, desde el vicerrector y la decana hasta todos los profesores y compañeros, tanto los más cercanos a él como con los que no tuvo tanto trato o incluso mantuvo alguna disputa. Era espeluznante ver a todos allí reunidos andando detrás del féretro donde se encontraba el cuerpo del difunto Gabriel y el cual llevaban a hombros

sus dos hermanos junto a otros allegados. Fue una marcha silenciosa con algún llanto de fondo donde las personas que parecían más fuertes plañían con toda su alma mirando al cielo mientras se apoyaban en otras, sin importar si la relación entre ellos era buena o mala. Al fin y al cabo, era increíble cómo, incluso marchándose, Gabriel consiguió ser unión entre todos nosotros.

Dos meses más tarde, llegó septiembre y con él el comienzo de la universidad. El primer día de clase transcurrió de una forma muy extraña y fría. Al llegar al campus, todo el mundo se abrazaba como de costumbre y aunque sus rostros parecían alegres sus ojos no mentían, eran tristes y reflejaban, sin duda, lo que nadie se atrevía a decir, pero todos sentían, algo faltaba en ese lugar. Este hecho se confirmó cuando el vicerrector nos convocó a parte de la promoción en el aula Averroes, concretamente en la sala A1, donde todo el mundo ocupó un asiento, 33 para ser exactos, pero uno quedó vacío y, como era de esperar, este fue el lugar que solía ocupar Gabriel cuando teníamos clase en esa sala. Cuando todos nos encontrábamos sentados, en silencio y todas las miradas apuntaban hacia el asiento vacío, el vicerrector, Don Javier, comenzó a hablar, aún recuerdo sus palabras, aquellas que marcaron un antes y un después para muchos de nosotros en nuestra vida universitaria: “Quería convocaros aquí, en esta sala especial, para daros mi más sentido pésame por la gran pérdida de nuestro compañero Gabriel, era una gran persona y no se merecía lo sucedido, pero a todos nos llega la hora, debéis entenderlo y continuar vuestra vida con normalidad. Soy consciente de que ha sido una pérdida inesperada y trágica, pero quiero que sepáis que estoy a vuestra disposición si necesitáis hablar del tema, solo espero que esto no os afecte en exceso e impida vuestro éxito en la universidad”. Las palabras de Don Javier resonaban en la sala mientras se escuchaban sollozos y todos quedaban estupefactos debido a la cercanía que mostraba el vicerrector, algunos centraban su mirada en él y otros muchos en aquel asiento vacío de la esquina de la tercera fila que se encontraba a mi vera y el cual días después se convirtió en un improvisado altar que pretendía recordarnos a todos la sencillez, alegría y positividad con la que Gabriel vivió su corta etapa en esta Universidad.

Los meses pasaban y el altar se fue desvaneciendo, aunque no con él su recuerdo, pero, sin embargo, todo se volvía cada vez más frío, los profesores hablaban de la muerte como si no recordaran lo que esta provocó en nosotros e incluso llegó el punto en el que otros estudiantes, nuevos, se sentaron en aquel asiento que durante tanto tiempo había sido tabú para todos nosotros. Por lo contrario y pese a todo lo ocurrido en los meses posteriores a la tragedia, Gabriel nunca abandonó la Universidad puesto que se encontraba, a diario, en nuestros pensamientos, la mayor demostración de ello fue el día de la graduación cuando, de repente, sin que nadie supiera ni esperara nada, Lucía, que fue la mejor amiga de Gabriel desde que coincidieron en el mismo colegio a los seis años, introdujo en su discurso un pequeño fragmento en el que hablaba sobre él, sobre cómo había vivido su ausencia y cómo lo había sentido presente en la Universidad día tras día... Este suceso fue tan imprevisto para sus propios compañeros como para los profesores que incluso llegaron a emocionarse y es que, después de todo, ellos también tienen sentimientos y lo vieron madurar y crecer como persona dentro de estas aulas.

Dos años más tarde, continúo yendo cada 11 de julio al campus de mi Universidad, en la cual tuve el honor de conocer a mi querido ángel de la guarda, Gabriel. Hoy, 11 de julio de 2018 estoy montada en el cercanías cuya próxima parada me dejará a las puertas del

campus donde nos reuniremos gran parte de mi promoción universitaria, Don Javier, el que fuera vicerrector y Doña Rosario, la que fuera decana, para conmemorar el segundo aniversario de su muerte y la cual, pese a las diferencias entre nosotros, nos mantuvo unidos para superar su duelo, y es que mucho se habla de las universidades, pero poco, muy poco, de todos aquellos secretos que estas guardan en sus entrañas.